

Las pecheras de Apá

Rosita Silva

“Mija, me mandaron por ti para que vengas a cenar”, me dijo Apá. ¡“Pero se me antojó un pepino, me pelas uno, ¿por favor”? le suplicaba, con una mueca inocente, a la cual yo sabía que no se negaría. Antes de terminar la pregunta, Apá ya había sacado la navaja que siempre llevaba en la bolsa de sus pecheras desteñidas. ¡“Claro que sí, pero después, nos vamos a cenar”!, me respondió. Minutos después me estaba saboreando las rebanadas crujientes y tan sabrosas, con una pizca de sal. ¿“Y cómo me encontraste”? le pregunté, mientras observaba una mariquita que caminaba sobre las calabazas. “Pues, como no maromeabas en el zacate; no estabas cazando cangrejos en la zanja; y tu bicicleta está recargada en la puerta del patio, sabía que estarías aquí, robándote mis verduras”. Guardó su navaja en su bolsillo y tomados de la mano, nos fuimos rumbo a la casa.

Apá era mi abuelo materno y toda mi niñez crecí al lado de él. El apoyo y el cariño que me brindaba fueron más que suficientes, para suplir la ausencia de mi padre irresponsable. Yo era su consentida y Apá—mi héroe.

Era un hombre de estatura bajita y de tez morena, muy trabajador y siempre llevaba pecheras porque se la pasaba trabajando en su enorme jardín, arreglando algún carro o construyendo cualquier cosa que hiciera falta. En sus bolsillos siempre llevaba cosas indispensables: un desarmador, pinzas, su cartera, las llaves de su auto, su navaja y nunca faltaba un paquete de chicles “Juicy Fruit”. Hasta la fecha, cuando me llega el olor de ese chicle, no puedo evitar recordarlo, al igual el olor del pepino.

Muy afanoso durante todo el día, hasta caer la tarde, cuando se sentaba a leer el periódico después de la cena. Es algo admirable de él porque nunca tuvo la oportunidad de ir a la escuela; sin embargo, por iniciativa propia, aprendió a leer, escribir y hablar el inglés a la perfección, y siempre nos relataba las noticias del día. Sin darme cuenta, con la rutina de Apá, sembraría la semilla, de una forma inconsciente, mi gran deseo de escudriñar en los caminos del periodismo.

Seguí mucho a Apá toda mi niñez y hasta en ocasiones, lo acompañaba a trabajar durante las vacaciones escolares. Me sentía muy importante a su lado en la ruta del camión, en la que era el chofer. En realidad, mi única responsabilidad fue comerme el almuerzo que Amá hubiese preparado para él.

Un día, Apá llegó del trabajo tan emocionado que no podía hablar. Por casualidad, mientras platicaba con un compañero del trabajo, se había enterado que ¡su mamá estaba viva! Su padre le había hecho creer lo contrario desde la edad de tres años. Su niñez fue muy cruel y triste porque su padre lo dejaba con cualquier persona, mientras trabajaba—sin importarle como lo trataran. Su papá le contó que su madre los había abandonado por huir con un hombre y que unos cuantos meses después, había fallecido. Toda su vida creció con odio hacía la mujer que le había dado la vida.

Por primera vez lo vi cabizbajo y confundido.